La vieja casa de la princesa

The old house of the pricess

Hace muchos, muchos años, a una de las princesas de la Alhambra, le construyeron una casa. De piedra, tierra roja, maderas de robles y encinas y tejas de barro cocido. Construyeron esta casa, bastante lejos de la Alhambra, en un lugar muy hermoso, salvaje y lleno de vegetación y agua. Ninguna otra construcción había en muchos kilómetros a la redonda pero sí cerca corría y corre un río, hay montañas al norte y de estas montañas descienden arroyos. Por eso fue aquí donde a la princesa le construyeron la casa.

Justo donde el terreno estaba rodeado de encinas, robles, castaños, olivos y muchas plantas aromáticas: romeros, tomillos, mejoranas, espliegos, zahareñas y ajedrea. El lugar donde se abrieron los cimientos para esta construcción, era un collado. Al poniente corría un pequeño arroyo que enseguida se fundía con otro más grande que bajaba de la montaña. Al sur, se extendía una pequeña llanura que avanzaba hasta el borde del río y al norte y levante, había cerros tupidos de vegetación de donde también descendían arroyos.

Por todo esto, a la construcción le decían almunia y otras personas la referenciaban con el nombre de cortijo andaluz.
- Todos los cortijos están en medio de los campos, lejos de las ciudades y pueblos y cerca, hay manantiales.
Decían algunas personas. Otras comentaban:
- Pero es que esta casa pertenece a una princesa y por eso es distinta. No es ni almunia ni cortijo ni palacio.
-¿Entonces qué es?
- Simplemente la casa de la princesa que ninguno de nosotros conocemos.

A la princesa le gustaba mucho las plantas, el agua de las fuentes y las aves. Por eso, en el arroyo grande que descendía de las montañas, ya hacía mucho tiempo que habían sembrado naranjos, higueras, moreras, granados, nísperos, viñas y perales. Y justo aquí, en el lado de arriba y más próximo a la montaña, la princesa se fijó en un punto muy concreto. Justo al lado de abajo de un pequeño balate donde por entre unas piedras brotaba un hilillo de agua. Un día que la princesa vino a estos parajes acompañada de sus padres y guardias, se acercó a este manantial del balate. Durante un rato miró pensativa y luego dijo:
- Quiero que aquí mismo me construyan una alberca estrecha y alargada.
- ¿Y eso para qué?
Preguntó el rey padre.

Aclaró la princesa:
- En esta estrecha y alargada alberca, se remansará el agua que por estas piedras brota. Y esta agua remansada, fresca y pura quitará la sed a muchos de los animales y aves que por aquí viven. Un abrevadero natural es lo que quiero que aquí me construyáis.
- Pues tu deseo se hará realidad.
Digo sin más el rey.

A los pocos días, en este rincón de la ladera frente a los manantiales y cerca del arroyo, ya había una pequeña alberca estrecha y alargada. Justo donde brotaba el hilillo de agua, excavaron como una galería, la impermeabilizar con mezcla de cal y arena, le construyeron un pequeño muro y el agua se remansó. Desde aquí corría a la alberca alargada y desde la estrecha alberca, pasaba a una balsa mucho más grande y de esta balsa, trazaron acequias que iban a las nogueras, naranjos y granados.

Al llegar aquel año el verano, la princesa muchos días se venía a este lugar. En la sombra de un frondoso níspero, se sentaba mirando para la alberca alargada. Y complacida, al poco ella empezó a ver bandada de pequeños pajarillos que se acercaban a beber. Primero descubrió a los carboneros, luego a los gorriones, aparecieron algunas tórtolas y palomas torcaces y pequeñas bandadas de perdices. También, cuando menos lo esperaba ella y en los momentos en que las avecillas no aparecían para beber agua fresca, descubrió que se acercaban cabras monteses, jabalíes, roedores y hasta reptiles.

Se recreaba mucho gozando de estos sencillos espectáculo, desde la sombra del níspero. Para sí se decía: “No creo que en este suelo se pueda disfrutar de un espectáculo más bello que éste. Las avecillas, todos los animales y las claras aguas de estos manantiales, son dignos del mejor respeto y cariño. Nada existe en este mundo que tenga más nobleza”. En los palacios de la Alhambra, comentaba ella estas cosas y el rey padre casi siempre le decía:
- Desde luego que el regalo de tu blanca almunia, con sus bosques y manantiales, es algo muy hermoso. Disfrútalo todo lo que puedas.

Y un día en que la princesa estaba sentada la sombra del níspero mirando los reflejos del agua en la alberca, de pronto se sorprendió sobremanera. Vio como una pequeña bandada de aves más o menos del tamaño de gorriones, llegó volando desde el lado de las montañas. Ni se percataron de la presencia de ella. Entre una algarabía de trinos que parecía expresar libertad y contento, estas avecillas se posaron en el borde de la alberca alargada. Donde el agua rebosaba y se formaba como un diminuto charco entre hierba y piedras.

Bebieron un poco estas avecillas mostrando en todo momento satisfacción y luego empezaron a bañarse. Las más atrevidas revoloteaban y separaban en la entrada de la oscura galería por donde llegaba el agua que se remansaba en la alberca. Como explorando y lanzando trinos repletos de mensajes, estas avecillas parecían buscar algo. Le intrigó este comportamiento a la princesa y por eso se preguntó: "¿Qué habrán visto ahí dentro de esta galería? Parece como si pretendieran adentrarse en este túnel en busca de algo atractivo para ellas".

Y esto fue lo que, dentro de su asombro, siguió viendo la princesa. La pequeña bandada de avecillas, revoloteaba, como dando cortos saltos sobre las arrugadas olas que se fraguaban en el agua y a la vez picoteando también estas olas, se fueron adentrando en la galería. Miraba muy concentrada la princesa y, aunque las aves se iban borrando en la sombra y oscuridad de la galería, las veía adentrarse cada vez más. Sus gorgojeos resonaban en la cavidad y se fundían con el chapoteo de las olas.

En poco rato, esta bandada de aves, se perdió por el túnel aguas arriba como en busca de algo importante para ellas. Intrigada se quedó la princesa y mirando para las partes altas de las montañas porque pensaba que por algún lugar de estas cumbres saldrían las aves. Se dijo: "Quizá la galería de estas aguas, por algún sitio en estas laderas, tenga una salida. Algún agujero o chimenea por donde a lo mejor salen y vuelven de nuevo a los montes". Pero desde donde ella estaba sentada, no alcanzaba a ver lo que imaginaba.

Por eso, al poco dejó la sombra del níspero, regresó al cortijo y desde aquí, regresó a la Alhambra. Con nadie comentó lo de las avecillas pero no olvidaba en ningún momento. Cuando dos días más tarde volvió a casa entre jaras, encinas y romeros, lo primero que hizo fue montar en su caballo. Lo espoleó y rápida recorrió al lomo del animal, la colina y ladera por donde intuía podrían estar refugiadas las avecillas de la bandada. Ni las vio ni encontró ninguna galería.

Pero no desistió ella en su búsqueda. Por eso, una vez y otra, cada vez que por el cortijo iba, sentía la necesidad de explorar las tierras que conocía. Corrieron los meses, las estaciones y los años y la princesa dejó de aparecer por la blanca casa en las aguas y no lejos del río. Y pasado unos años más, nadie aparecía por la casa. El cortijo de piedra blanca y tejas color chocolate, empezó a verse solitario. Se derrumbaron algunos trozos de paredes, se rompieron muchas tejas, comenzaron a crecer las zarzas y otras plantas, por la puerta y cerca de las ventanas y las hojas secas de los álamos, almeces y fresnos, cubrieron los caminillos y las tierras de la entrada.

Siguió corriendo el tiempo y cada vez por el lugar se veía todo más solitario y sin vida. En los recintos de la Alhambra, ocurrieron hechos de todas clases y hasta de la tierra de los caminillos, se borraba su presencia y memoria. Nadie, absolutamente nadie, hablaba de esta princesa ni tampoco de su palacio entre encinas cerca del río. Solo algunos pastores de ovejas que por estos lugares daban careo a sus rebaños, sabedores ellos de la historia de la princesa y las aves, entre sí comentaban:
- ¿Qué habrá sido de esa princesa y las cosas que soñaba?
- Eso es lo que intriga porque nunca más ella volvió por aquí.
- A lo mejor un día, cuando menos nadie lo espere, algún científico venga por estos lugares y descubra cosas.

Y un día, después de muchos, muchos años, por el lugar aparecieron unos hombres. Subieron por el arroyo de los álamos desde río que más abajo estaba tupido de fresnos y antes de llegar al collado y lugar por donde estuvieron las huertas, los naranjos y las albercas, se pararon varias veces y observaron despacio. El científico experto en aguas decía a los que les acompañaban:
- Desde luego que la vida es un gran misterio y también está llena de tristeza porque el tiempo, los días y los años se lo lleva todo. ¿Dónde estará ahora y que habrá sido de aquella joven princesa y todo lo que por aquí ella planeó?
- El tiempo, los días y los años, corrieron y lo transformó y enterró todo sin solución ninguna.
Reflexionaba el científico.

Recorrieron el terreno, subieron al collado, se movieron por donde aún se veían piedras y algunos trozos de paredes de lo que en lejanos tiempos había sido el pequeño palacio de la princesa y luego se fueron para el rincón de las huertas. Por aquí encontraron algunos olivos, muchas zarzas, jaras, romeros y aulagas y por donde la alberca alargada, mastranzos y juncias. Y según se movían de un lado para otro con la intención de investigar cosas, iban viendo que pequeñas bandadas de avecillas alzaban vuelo de entre la vegetación. Dijo el científico a los que les acompañaba:

- Las lluvias este año, el pasado desde hace varios años, han sido y están siendo muy escasas. Muchos manantiales se han secado, los arroyos y ríos también y por eso, no solo las personas tenemos problema de agua sino también, las plantas, los animales y la naturaleza entera.

Descubrieron en estos momentos, una pequeña bandada de aves que, revoloteando desde la ladera de las montañas, surcaron el aire y planearon por encima de los álamos en la junta de los arroyos. Observó con interés el científico esta nubecilla de aves y, después de reflexionar unos segundos, comentó:
- Esto es lo que estábamos diciendo, estos pájaros, tienen sed y por eso acuden por aquí buscando dónde beber.
Uno de los del grupo, reflexionó:
- Por donde ahí en la junta de los arroyos los álamos crecen, bajo unas piedras, rezuman algunas gotas de agua. Podríamos hacer una cosa.
Rápido preguntó el científico:
- ¿Qué es lo que podríamos hacer?

Y el hombre que había expuesto la idea, aclaró:
- Tú eres científico y sabes muchas cosas sobre el agua, manantiales y embalses subterráneos. Y lo que has dicho es la pura verdad. Estas aves y otros muchos animales, buscan y necesitan agua para vivir. Ahí donde se juntan los arroyos y el terreno se ve húmedo, podemos excavar una galería. Si encontramos la vena de agua, la hacemos correr hasta este arroyo grande y ahí dejamos que se llenen los charcos. ¿Estás de acuerdo con esto?
- Claro que lo estoy porque es lo que más me gusta y ahora mismo deseo.
Confirmó es científico.

Y sin más, todo el grupo se puso en movimiento. Bajaron por la senda que iba bordeando los terrenos de las huertas, apartaron la vegetación y en unos minutos estuvieron en la junta de los arroyos. Aquí se pararon y miraron para el levante. Era por este lado por donde se alzaba una alargada y alta loma que arrancaba en el collado y moría en el río. De nuevo dijo el científico:
- Este cerro, en sus entrañas, esconde un pequeño lago. De este embalse viene el agua que resuma la tierra. Es justo aquí donde vamos a excavar la galería hacia las aguas del lago subterráneo.

Y otro del grupo expresó:
- Y luego cuando ya tengamos abierta la galería hacia las entrañas del cerro, el agua que por este túnel empiece a correr, la recogemos en charcos pequeños encajado en el surco de este arroyo de los álamos. Seguro que enseguida vendrán por aquí bandadas de aves que, como en aquellos tiempos de la princesa, beberán y se bañaran contentas. El proyecto es realmente interesante y bueno.

Y fue justo en este instante cuando de pronto les sorprendió lo que ni siquiera habían imaginado. Al mirar para la cresta del puntal que se alargaba desde el collado hacia el río, en lo más elevado de este cerro, vieron la figura de una joven sentada. Miraba hacia la alameda en la junta de los arroyos y parecía meditar muy complacida. Volaban, por entre las ramas de las encinas cerca de esta joven, miles de avecillas y empezó a oírse una muy bella música acompañada de una canción que decía:

La vida en el suelo
es camino corto
lleno de sueños:
casi nada vale
ni tiene cimientos
si en ella no hay
fuentes y arroyuelos,
cantos de aves,
caricias de viento,
tardes de lluvia
y hondos silencios.

La vida real,
el verdadero cielo,
es volar y surcar
el universo entero
y quedar eternidad
donde la luz y lo bello.
La vida es un canto
de sonidos huecos
donde solo es cierto
los trinos de las aves
y el azul de los cielos.